

Antología de relatos cortos

María Laura Romero



Capítulo 1

Al final de la selva

Miró el interior del vagón y, con cierto alivio, comprobó que no había nadie en el interior. Así era mejor. Si algo no disfrutaba era tener que viajar entre una multitud ruidosa; aquello le resultaba agobiante. Buscó con la mirada un asiento sencillo del lado de la sombra, dejó su bolso de cuero en el compartimiento superior y se acomodó contra la ventana. Al detener sus ojos en la vegetación florida volvió a tener el mismo pensamiento: la estación Aristóbulo del Valle, del ferrocarril Belgrano, parecía una selva. Sí, una selva con enredaderas y flores violetas por todas partes, donde el sol se colaba por pequeños huecos. Si se concentraba, incluso le parecía escuchar el zumbido de mosquitos tropicales. Era una lástima que el verde paisaje se interrumpiera tan abruptamente a escasos metros de distancia.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones el tren arrancó de golpe, provocando una fuerte sacudida que casi lo tira del banco. Pero afortunadamente llegó a agarrarse a tiempo del borde del asiento de enfrente, y luego se volvió a colocar en la misma posición de antes. Sin embargo, se sorprendió de ver que los habituales edificios que acaparaban todo el protagonismo estaban tardando bastante en mostrarse. A pesar de que ya habían pasado más de cinco minutos desde que el vehículo dejara la estación, el verdor intenso de las plantas y el batir de las alas de los insectos seguía acompañándolo a medida que avanzaba. Además, empezaba a notar una repentina sensación de calor y humedad envolviendo la atmósfera. Como para cerciorarse de su premonición, miró hacia el otro lado del vagón vacío, y todo lo que encontró fue árboles y maleza.

Intentó mantener la calma a pesar de la situación. Logró focalizar su mente en una cosa concreta: agua. Tenía mucha sed, recién ahora se daba cuenta, y deseó tener al menos una pequeña botella para calmar el ardor de su garganta. Al dirigir la vista al suelo gris pudo divisar lo que tanto anhelaba. Un poco incrédulo, supuso que algún pasajero habría olvidado levantar su bebida al dejar el transporte. Ansioso, destapó la botella de plástico con la mano izquierda y vertió el líquido fresco dentro de su boca con la derecha. Nunca se había alegrado tanto de poder saborear un poco de agua. Y así, sin que él se diera cuenta, el aparato se fue deteniendo despacio hasta quedar completamente parado en medio de la selva. Definitivamente no llegaría a su trabajo a tiempo, si es que acaso lograba salir de dondequiera que se encontraba.

Esta vez no pudo contenerse y dejó escapar un resoplido fuerte que le vació los pulmones. Era el colmo. En cuanto pudiera librarse de esa pesadilla demandaría a la compañía. Que lo llevaran hasta un lugar que no formaba parte del recorrido podía perdonarlo, pero que lo abandonaran a su suerte en una selva desconocida era simplemente inaceptable. No iba a quedarse tranquilo. Y como si el cielo estuviera de acuerdo con sus afirmaciones internas, un sonido estridente acompañado de un resplandor breve rebotó contra cada piedra y cada tronco de aquel ensamble vegetal. Considerando el presagio de tormenta que había percibido, decidió que era mejor permanecer a cubierto dentro de la caja de metal. Y en ese mismo instante, enormes gotas de lluvia comenzaron a repiquetear sobre el techo del vagón, salpicando los vidrios y mezclándose con la capa de polvo que los cubría.

Durante casi media hora no cesó de divagar en cuestiones filosóficas, que era lo que solía hacer cuando el aburrimiento lo hallaba sin libros, ni música, ni una cama blanda donde descansar. Pero su meditación se vio súbitamente interrumpida por un sentimiento de terror y desesperación. Sin que supiera cómo, el agua se había filtrado por las hendiduras y orificios diminutos y ahora le llegaba casi hasta los hombros. De ahí para abajo estaba sumergido y apenas se mantenía a flote. Entumecido por un frío repentino, le costó mucho mover los brazos y las piernas enfundados en su traje oscuro, pero finalmente logró salir de allí de una pieza, aunque empapado y temblando. El miedo empezó a hacerse presente, palpable, corpóreo. Poco a poco, el miedo fue creciendo como una planta, echando raíces, dando brotes.

De modo que, luego de caminar entre la hierba mojada y embarrarse hasta los tobillos, se topó con una flor silvestre desmesuradamente grande, como del tamaño de una persona o incluso mayor. De lejos parecía algo monstruoso, sin embargo, al acercarse más era posible encontrar cierta belleza exótica en sus aterciopelados pétalos color fucsia, sus enormes estambres amarillos y esa fragancia dulzona que desprendía su interior. De hecho, al quedar enteramente frente a ella, sintió surgir en su ser aquella curiosidad innata que rara vez sobrevive a la infancia. Tal fue su emoción que se apresuró a entrometerse en las entrañas de la impresionante criatura, de la misma forma en que cae una mosca en la invisible trampa tejida con esmero por la astuta araña. Fue un error de explorador novato, una simple equivocación que le iba a costar muy, muy caro.

En cuanto su cuerpo se hubo introducido totalmente dentro de la flor, aquellos bonitos pétalos que un segundo antes miraba con admiración se convirtieron de pronto en la cárcel más aterradora que hubiera imaginado jamás. Dentro de la celda que formaron al cerrarse, atrapados entre dientes verdosos cubiertos de ácido clorofílico, se encontraban los restos de abejas, mariposas y gusanos; todos ellos de enormes proporciones y descomponiéndose lentamente para que la inocente flor pudiera nutrirse

de sus proteínas y minerales. Era, sin duda, el escenario más espantoso que hubiera presenciado nunca. En el momento en el que vio aquello perdió toda esperanza, si es que había existido alguna, de alcanzar a salir con vida de entre esa tumba verde y frondosa. Y entonces quiso gritar, trató de hacerlo con todas sus fuerzas, pero las palabras se ahogaron en sus labios. Se había quedado mudo.

Sabiéndose condenado a una muerte horrible y en absoluta soledad, pidió un último deseo egoísta dentro de su mente. Allí, a punto de perecer, deseó que alguien estuviera con él para verlo morir. Y una vez más, su petición silenciosa le fue concedida. Entre bruscos movimientos producto del huracanado viento que había empezado a soplar, una voz irritante y opaca de hombre anunció por los altavoces parte de un mensaje grabado: «(...) Sumando responsabilidades evitamos accidentes. Recuerde que transgredir estas recomendaciones está penado por la Ley de Ferrocarriles». Y así de repente, como un balde de agua helada sobre la cabeza, la realidad rutinaria se cernió sobre él. Afortunadamente no había nadie dentro del vagón, nadie que pudiera burlarse de un treintañero que despertó temblando como una hoja y con lágrimas en los ojos.

Demás está decir que nunca jamás pudo volver a pegar un ojo dentro de aquellos vagones malditos por lo que, al cabo de una semana, tomó la decisión de realizar todos sus viajes en taxi, colectivo o cualquier otra cosa. Lo que fuera menos tener que subir a ese tren infernal, capaz de transportarlo a las regiones más espeluznantes del mundo onírico. Desde esa terrible experiencia, que culminó en su despido por llegar tarde tres días consecutivos (de nada hubiera servido pasar más vergüenza explicando los motivos de su tardanza), no fue capaz de recuperar la fuerza y la seguridad propias de la juventud. Tal es así que, después de varios meses sin encontrar otro trabajo, juntó sus cosas en una valija prestada y se fue haciendo dedo hasta llegar a Misiones. Ahí alquiló un cuartito con lo poco que tenía y dedicó el resto de su vida a cosechar yerba mate junto con los trabajadores nativos.

Capítulo 2

La jaula de los canarios

Recuerdo que cuando era niño, entre los siete y los trece años, vivía con mis padres y mis dos hermanas en un departamento en Retiro, cerca de las terminales del Mitre y el Belgrano. La zona contaba con algunas plazas y áreas verdes, pero a mí —que me gustaba trepar árboles y jugar con la tierra húmeda—, me parecía un lugar aburrido y sin gracia. Por eso, cada vez que visitábamos a la tía Beatriz me sentía como en el cielo. La hermana de papá, a la que todos apodábamos Betty, tenía una casa a más de cincuenta kilómetros de distancia de la nuestra, lo que significaba que, para poder llegar en auto hasta allí con todas nuestras cosas tardábamos más de una hora y media, según como estuviera el tráfico. Esto, para nosotros los más pequeños, representaba una eternidad; en nuestra mente infantil era casi como si estuviéramos saliendo de Buenos Aires, o incluso del país, a vivir una gran y maravillosa aventura. Aunque el que más disfrutaba del paseo siempre era yo.

La casa de la tía Betty estaba en un barrio de clase media, en el norte del interior de la provincia. Por fuera se veía bastante común, con sus paredes color cal y su puerta de algarrobo. Sin embargo, lo que más me entretenía cada visita, que era más o menos una vez al mes, era el enorme patio que se encontraba detrás de la edificación. Justo en el fondo, lindando con los muros de los terrenos vecinos, había una especie de quincho sin paredes, con un techito de madera, sostenido en sus cuatro esquinas por sendos troncos de palmeras. En los costados del mismo podían verse abundantes plantas y un gran arbusto con flores rojas en forma de espiga, que en primavera solía ser el almuerzo de mariposas y colibríes brillantes. Y para coronar la escena, una jaula de alambre pintado de blanco, que colgaba de un clavo incrustado en una de las columnas, era el hogar de una pareja de canarios color amarillo, que alegraban a casi todos con su musiquita constante.

Una tarde de octubre, mientras los adultos hacían la sobremesa en el living de la casa y conversaban vivamente sobre política y religión, un niño de los alrededores, más o menos de mi misma edad, se acercó hasta la puerta exterior preguntando en alta voz por nuestra tía Beatriz. Desde el instante mismo en que lo vi tuve el convencimiento de aquel chico de pelo negro y ojos café no me traería más que problemas. Fue algo completamente intuitivo, casi premonitorio; no sabría decir si era por su mirada centelleante o por su cabello alborotado, pero había algo en él que me molestó desde el principio. De todos modos, a la tía Betty parecía caerle muy bien, ya que le ofreció una modesta cantidad de dinero a cambio de que sacara los yuyos que empezaban a crecer alrededor de las

flores y contra los límites de la propiedad. Por supuesto, él aceptó.

Lo vi entrar con mucho entusiasmo y dirigirse al patio con prisa. Durante un rato, traté de ignorar la situación y entretenerme con los juegos de cartas de mis hermanas, sin embargo, era incapaz de concentrarme y perdí todas las partidas. Al cabo de una media hora, más o menos, la tía Betty salió de la casa con un puñado de billetes en la mano y un vaso plástico color azul. Yo, como soy curioso por naturaleza, me metí en uno de los cuartos que tenía ventana mirando hacia el fondo y los espí sin que me notaran, escondido detrás de las cortinas floreadas. Desde mi posición pude divisar al niño mientras se sacudía la remera rayada y bebía el agua de un solo trago. Después de eso la tía se volvió a meter en la casa, y me pareció escucharla preguntar por mí, para obtener como respuesta de parte de mi madre que seguramente estaría afuera, jugando con mi bicicleta, como hacía siempre.

Pero yo seguía pegado a la ventana y, luego de unos instantes, pude percibir un gesto de disgusto en el pequeño rostro del niño, al mismo tiempo que contaba los billetes y se los metía en un bolsillo del pantalón gastado. Y como una horrible muestra de su disconformidad, pude ver cuando se acercó silenciosamente hacia la jaula de los canarios y, con sus manos sucias pero habilidosas, abrió la puertita de alambre y sacudió la blanca estructura hasta que las aves, aterrorizadas, se fueron volando para nunca regresar. Y sin levantar sospechas, caminando muy despreocupado, llegó hasta la puerta que da a la calle y salió sin saludar a nadie, haciendo chirriar la reja cuando la empujó hacia adentro.

El resto de la tarde pasó sin pena ni gloria, y yo me quedé callado, encerrado en la habitación, pensando que los canarios podían volver en cualquier momento, y si decía algo no lograría más que preocupar a la tía Beatriz. De modo que, cuando empezaba a oscurecer, y la tía salió a darles de comer a los pajaritos, lo único que encontró fue una jaula vacía y unas cuantas plumas amarillas desperdigadas por el suelo. Yo seguía mirando por la ventana, y me sentí mal cuando la vi derramar una lágrima por la pérdida de las aves. En ese momento decidí salir de mi escondite y contar lo que había pasado. Así que me encaminé hasta el quincho, donde estaba mamá, papá, la tía Beatriz y mis dos hermanas (que también habían salido para ver a los canarios) y les narré apresuradamente todo lo que había podido ver mientras estaba encerrado en uno de los cuartos.

Pero inmediatamente sucedió algo que nunca me imaginé que ocurriría: toda mi familia, incluida la tía Betty, concluyeron que yo era el verdadero culpable y que me había escondido para que no se enteraran y así poder librarme del castigo. La primera en hablar fue mamá, diciendo que quizá lo había hecho como una broma, pero que aun así merecía una reprimenda. Después llegó el turno de papá; dijo que me la pasaba haciendo travesuras y que no podía entender por qué siempre era tan inquieto y revoltoso siendo él un hombre ordenado y disciplinado. Incluso

mis hermanas comentaron que todos los días mamá tenía que ponerme a ordenar los juguetes que dejaba tirados. Al final, fue la tía la que pronunció la sentencia final, sin dar lugar a apelaciones ni argumentos de defensa. Dado que ella había resultado muy damnificada emocionalmente —las aves habían sido un regalo de su difunto marido, el tío Joaquín—, ella decidió que la sanción más justa era privarme de algo que yo también apreciara mucho.

En vano traté de explicarles que nada había tenido que ver con el desafortunado incidente, el juicio ya estaba hecho. Esa noche me fui a dormir sin cenar, y me quedé meditando en lo que perdería yo al día siguiente, porque tenía realmente muy pocas de valor. Ya en la mañana, antes siquiera de desayunar, fui notificado por mi padre de que el objeto que se me confiscaría era mi bicicleta nueva, la que había recibido por mi cumpleaños, durante el período de dos meses completos. Aquello era increíble, y me hizo sentir lleno de rabia y con ganas de gritar. Pero, de alguna forma, logré contenerme, y acepté mi castigo sabiendo que era inocente, aunque no tuviera forma de probarlo ni fuera capaz de convencer a nadie.

Durante muchos días después de aquel suceso me sentí verdaderamente impotente y ciertamente enojado pero, con el pasar del tiempo logré olvidar casi por completo los hechos que acontecieron ese día. Tal es así que una mañana de otoño, mientras recorría las calles de Buenos Aires en compañía de mi border collie, prácticamente no supe reconocer a ese vagabundo que dormía en el banco de una plaza. Fue necesario que me acercara y lo observara con gran detenimiento durante varios minutos para que las facciones toscas y desafiantes de ese extraño, junto con su ropa ajada y su cabello alborotado se acomodaran en mi cabeza formando una imagen totalmente nítida a pesar de los años transcurridos. Al principio pensé que eran ideas mías, que no podía ser, que seguro me estaba equivocando; pero solamente unos minutos más tarde pude comprobar que su carácter desaprensivo continuaba intacto, tal como cuando éramos niños. Pero esta vez yo no permanecería en silencio.

Con esto en mente me acomodé en un banco de madera que quedaba al alcance de la sombra de un viejo árbol, y me decidí a esperar. La primera vez que lo hizo fue tan rápido que apenas pude entenderlo, al igual que la joven, que siguió caminando un poco ofuscada. Pero yo necesitaba las pruebas, así que lo volví a espiar, igual que aquella vez, mientras chocaba torpemente contra los transeúntes que, como iban distraídos, no llegaban a darse cuenta del *modus operandi*. Y así me quedé otra vez, escondido en el anonimato y mirando desde la distancia, hasta que conté unos quince encuentros, incluyendo a unos cuantos turistas y hasta un ciclista que se había detenido para beber agua. Después, sin que advirtiera mi presencia ni mi ausencia, me dirigí lentamente hasta unas cuadras más atrás, en donde un policía, en buen estado físico aunque peinaba algunas

canas, escuchó atentamente mi denuncia contra el delincuente.

Y como revancha final, lo único que le pedí fue poder decirle unas palabras antes de que lo metieran en el patrullero. El oficial accedió, suponiendo que le diría alguna moraleja o frase contundente, y yo fui testigo del procedimiento de forma voluntaria. Al final, cuando ya se encontraba sentado dentro del vehículo y era custodiado por otros dos uniformados, me acerqué con mucha parsimonia hasta la ventanilla abierta de la camioneta y, prácticamente sin inmutarme, con una voz tranquila y segura le dije:

—Te vi.

El vagabundo me miró desconcertado y entonces alargué la frase, para que fuera capaz de comprenderme:

—Te vi—le repetí, y luego proseguí: —Te vi mientras abrías la jaula de los canarios.

Capítulo 3

A través del monitor

El sonido de las campanadas electrónicas lo despertó de inmediato. Con movimientos algo toscos se acercó la pequeña pantalla al rostro para desbloquearla. Sin embargo, debido a la falta de luz se vio obligado a colocar uno de sus dedos sobre el frío cristal. En menos de un instante cientos de notificaciones comenzaron a bailar sobre un fondo azul cielo. Más de la mitad eran solicitudes de amistad de distintas redes sociales, el resto se dividía entre mensajes de trabajo y videos graciosos. Se inclinó por contestar las primeras, a pesar de lo cual rechazó a muchos amigos potenciales, incluyendo robots e inteligencias artificiales. Últimamente las IA habían empezado a poblar todas las plataformas de socialización posibles en un intento de asemejarse aún más a los humanos. Aquello le parecía ridículo.

Luego de descartar a todos los robots de la lista, y mientras mostraba sus enormes dientes blancos en un bostezo de aburrimiento, pudo sentir como el dispositivo vibraba para llamar su atención. Al dirigir sus ojos nuevamente al aparato leyó con celeridad las letras diminutas. La aldea virtual de su juego favorito estaba siendo atacada por alienígenas de otra galaxia. Al ver esto se deslizó rápidamente entre un océano de iconos coloridos hasta encontrar la app en la que se estaba desarrollando la batalla. Al llegar allí constató con alivio que gran parte de la villa cibernética seguía intacta, y que la cantidad de monedas y gemas no había disminuido. Por lo tanto se apresuró en adquirir ametralladoras y lanzallamas del tamaño de sus uñas. Con ellos fue capaz de derrotar a sus enemigos con pérdidas mínimas.

La adrenalina generada por esa experiencia fue suficiente para mantenerlo despierto durante el resto de la noche; noche que pasó mirando videos de gatos, invirtiendo en monedas virtuales, combinando caramelos y criando dragones desde que salían del huevo. La salida del sol lo sorprendió chateando con desconocidos en una web para encontrar pareja. A pesar de que el registro era sencillo escoger a alguien para verse en persona era realmente difícil. Y no porque hubiera pocos candidatos, sino por lo abrumador que resultaba el poner en práctica habilidades sociales propias del siglo pasado. En el siglo XXV eran muy pocos lo que podían presumir de un nivel de atención superior a los treinta y cuatro segundos; muchos menos eran los capaces de demostrar empatía ante el llanto de un humano o el pedido de afecto de un cachorro.

Finalmente, cuando sus extremidades comenzaban a doler por la rigidez de la postura se dio cuenta de que su estómago había estado crujiendo

por algún tiempo. Con eso en mente se vio forzado a abandonar el dispositivo móvil por un período de al menos cinco minutos. Con cada paso que daba lejos de la habitación sus latidos se volvían menos espaciados y el aire se le escapaba de los pulmones como si fueran dos globos pinchados. Para cuando llegó a la cocina el reloj inteligente que llevaba en su muñeca izquierda lanzó una alerta de frecuencia cardíaca demasiado alta. Casi sin fuerzas consiguió abrir la puerta de la heladera y sacar un pedazo de queso envuelto en plástico y una lata de sardinas que ya estaba abierta. El escaso aliento que le quedaba le sirvió para arrastrar los pies de vuelta a la habitación antes de caer desmayado sobre un cúmulo de mantas y sábanas.

Después de despertar y asegurarse de que el aparato estaba al alcance de sus manos pronunció los comandos que activaban la reproducción de música de forma automática; luego se dedicó a engullir la comida para después limpiarse las manos con alguna ropa que tenía cerca. Al terminar, ahora con más ánimo, observó el reflejo de su rostro en las ventanas polarizadas, que impedían la entrada del sol que tanto le disgustaba. A pesar de ello el cuarto estaba lo suficientemente iluminado como para percibir las enormes manchas oscuras debajo de sus ojos, el cabello negro desordenado y crecido, la camiseta gris gastada en los codos y las medias de diferente color en cada pie.

Aunque su aspecto era lastimoso su cuenta en el banco era una de las más importantes de toda la región. Las pocas veces que salía de su casa la gente se le acercaba como moscas esperando recibir algún beneficio por ello. De tanto en tanto, cuando subía una fotografía a internet la cantidad de me gusta hacía colapsar los contadores de la web, y el número de comentarios hacía imposible la tarea de contestarlos. Pero él ya se había acostumbrado y, de cierta forma, ya no le importaba lo que dijeran los demás. Lo único que hacía era vivir su vida, si alguien no estaba de acuerdo bastaba con que lo ignorase. Así eran las cosas y así habrían seguido, de no ser por el repentino sentimiento de insatisfacción que lo abrumó después de contemplarse brevemente.

Y cómo lo que más disfrutaba era mirar películas en línea, y su tableta y celular le parecieron demasiado pequeños, se decidió a desempolvar una vieja computadora de escritorio que había pertenecido a alguno de sus ancestros. Aún así, debía atravesar ciertos obstáculos para poder llegar a ella de una pieza. El más grande de todos era que su robot asistente se hallaba en reparación desde hacía una semana, por lo que tendría que moverse por sí mismo. Allí entraba el asunto de los episodios, como él los llamaba. Los episodios consistían en ataques de pánico que lo afligían en cada ocasión que se apartaba del teléfono móvil, tal como el que había experimentado menos de una hora antes al tener que buscar algo de comida. Después de pensar unos minutos encontró que la mejor solución era sujetar el dispositivo a una de sus piernas, para lo cual se valió de un

par de calcetines rayados que había debajo de su cama.

A pesar de lo difícil que le resultó salir de allí y bajar las escaleras que conducían hacia el sótano, logró completar la tarea en menos de treinta minutos; lo cual le pareció toda una proeza, considerando que su capacidad de esfuerzo era cada vez más limitada, igual que sucedía con el resto de la población. Al llegar abajo tuvo que encender un viejo sistema alumbrado por bombillas de vidrio, que había permanecido intacto durante todos aquellos siglos. Ni siquiera podía imaginar cómo se las arreglaban los humanos del pasado. Todo era tan tedioso. Después de caminar algunos metros más y quitar varias telarañas con sus manos, finalmente pudo divisar el enorme aparato blanco descansando sobre una mesa. Al mirarlo de cerca le vino a la mente la imagen de un gran elefante ya extinto desde hacía décadas. Pensó que ambos se parecían mucho.

Cómo sentía cada vez más ansiedad —la luz azul de los aparatos electrónicos podía ser realmente adictiva— prefirió encender la máquina recién encontrada allí mismo, pese a que no había nada para sentarse, el polvo y las arañas eran los reyes y hacía cada vez más frío. Guiado por sus impulsos enchufó el único cable que salía del armatoste a un tomacorriente que había cerca del piso, en una de las esquinas. Aunque la inteligencia poblacional era cada vez menor, él todavía sabía cómo conectar un aparato y usarlo para su provecho. Al menos podía hacer algo, todavía no era un completo inútil, un parásito de la sociedad como decían los antiguos pensadores.

Lo primero que observó fue un logo blanquecino sobre un fondo negro, al tiempo que un sonido robótico le daba a entender que la computadora estaba prendida. Como el proceso tardaba en completarse los pensamientos comenzaron a inundar su mente de forma aleatoria. Primero pensó en gatos, gatos graciosos haciendo piruetas para entretener a sus dueños. Y así siguió durante algunos minutos, saltando de tema en tema hasta que finalmente vio como la pantalla se llenaba de iconos, todos ellos asentados sobre una colina verde y un cielo totalmente despejado. Al mirar el monitor encendido y funcionando su cerebro llegó a una conclusión obvia: su vida dentro de la pantalla era mucho más estimulante para él que lo que tenía fuera de ella.

Esta revelación repentina le hizo sentirse liberado y entusiasmado. El hallazgo del antiguo dispositivo suscitó en él una curiosidad que no había sentido antes. Prontamente se dispuso a investigar lo que la computadora era capaz de hacer al accionar cada una de las pequeñas imágenes simplificadas. Después de averiguar cómo dibujar, grabar su propia voz y jugar juegos discontinuados se dio por satisfecho; finalmente había encontrado el propósito de su vida. De ahí en más solo se dedicaría a explorar el viejo dispositivo electrónico y aprovechar todo el potencial que este tenía para ofrecer. Ahora se sentía completo, realizado. Lo único que le faltaba era agua. Tenía sed, mucha sed. Después de pasar más de dos

horas parado allí tenía mucha sed. Así que, para su disgusto, debió dejar la máquina en donde estaba y subir la escalinata hasta la primera planta.

Regresó con pasos dubitativos, sosteniendo entre sus manos una enorme jarra translúcida con agua casi hasta el borde. Después de bajar los escalones de madera se encaminó nuevamente hasta donde estaba el dispositivo. Cuando faltaba ya menos de un metro para conseguir su objetivo uno de sus pies descalzos se encontró con el cable grisáceo que alimentaba al enorme aparato. Al momento sus piernas perdieron el equilibrio, sus manos soltaron el contenido y una catarata helada se derramó sobre el piso. Cuando volvió en sí lo primero que notó fue el cambio que había ocurrido en la habitación. Sin saber cómo se encontraba ahora en medio de una pradera al parecer interminable, donde unas nubes blancas como la leche decoraban el paisaje tranquilo.

Sin tener idea de qué hacer comenzó a caminar sin rumbo fijo. Después de un rato se dio cuenta de que aquel paraje sí tenía un final conocido. Al llegar a cierto punto se encontró con un muro exorbitantemente alto. De todo el mundo, esta pared parecía ser la que batía todos los récords. Comparado con esa muralla, el edificio de su familia era como una hormiga vista desde un avión. De verdad era increíble, una maravilla de la ingeniería, pensó. A media que se acercaba más llegó a sospechar que la inmensa pared llegaba hasta el mismísimo cielo azul. Pero eso era imposible, tenía que haber alguna explicación. Quizá era como en los juegos, un truco, un obstáculo que debía sortear para poder salir de allí. De pronto se sintió algo nervioso. Todavía tenía sed, no había llegado a probar el agua.

Y entonces lo recordó. Recordó cada paso del recorrido desde que había salido de la habitación hasta el momento antes de despertar allí. De repente, como si fuera una cortina, una capa blanca que parecía formar parte de la pared comenzó a enrollarse por sobre su cabeza. Y allí, detrás del cristal ahora límpido y transparente, pudo ver el cuerpo chamuscado tendido sobre el suelo, con el reloj inteligente en la muñeca izquierda y el dispositivo móvil atado a la pierna derecha, rodeado de cristal resquebrajado y agua, muchísima agua, más de la que podía tomar, más de la que debería haber cargado.